

Breve antología sobre la Argentina

JULIÁN MARÍAS *

El porvenir de la Argentina preocupa hoy vivamente, y se oscila entre el temor y la esperanza. He escrito mucho sobre este país; la mayor parte se encuentra reunido en mi libro *Hispanoamérica* (Alianza Editorial, 1986). Desde 1983, un poco antes de las elecciones que restablecieron la democracia, hasta 1988, he escrito algunos artículos con referencias a lo que podía esperarse o temerse. Creo que vale la pena recordar ahora unos cuantos párrafos escritos a lo largo de tres años.

A A Argentina se encamina hacia unas elecciones a fines de octubre. Son pocos los que desconfían de que se celebren. De su resultado se opina de diversos modos, y pienso que es muy incierto, y probablemente no muy alentador. Pero los partidos se organizan, tratan de elegir sus candidatos, los periódicos dan cumplida cuenta de todo ello, se hacen valoraciones y comen-

Lenso que por lo que depende de los argentinos es verosímil van a la democracia liberal; son muchos los que lo desean; en vista de las circunstancias, lo aceptan, adaptando a ellas otros proyectos originarios. Esto es decisivo, pero no suficiente...

»Una pregunta se impone ante el futuro, ante la voluntad de convivencia y libertad que se percibe en la Argentina: ¿la van a dejar? Esta es la cuestión capital, sin la cual no se puede entender nada, sin enfrentarse con la cual no se pueden resolver los problemas. Si se omite, veré con zozobra el porvenir inmediato de este país. Si se la tiene en cuenta, si se mira allí donde están las dificultades reales, si se prepara la inteligencia y el ánimo para vencerlas, se podrá mirar hacia adelante con confianza, con esperanza, quizá con entusiasmo.»

EL USO DE LA MEMORIA

«Me parece evidente que la Argentina *está* hoy en estado de concordia. Desde poco después del establecimiento de la Monarquía en España, es decir, desde los primeros meses de 1976, dije: "Los españoles no quieren enfadarse"... Tengo la impresión de que los argentinos tampoco quieren enfadarse. Pero también tengo la de que algunos quieren que se enfaden...

»Creo que lo más delicado que se presenta hoy a la Argentina es lo que podríamos llamar *el uso de la memoria*. Siempre hay gentes bienintencionadas que aconsejan, cuando han ocurrido cosas desagradables, inconvenientes, inaceptables, el olvido. No me parece buen consejo, sobre todo porque es imposible de seguir. No se olvida. Cuando se nos pide que olvidemos, se nos está recordando lo que debemos olvidar...

»Por tanto, hay que recordar. La pregunta que surge es:

* Valladolid. 1914. De la Real Academia Española.

¿qué?... Cuando hablo con los que tienen una participación más o menos directa en los asuntos públicos... percibo una deformación de su memoria: recuerdan vividamente algunas cosas, olvidan totalmente otras... Entonces, se preguntará, ¿hay que estar recordando todo? ¿Hay que estar hurgando en un pasado lleno de dolores y riesgos, con riesgo de que rebroten?... Nada más lejos de mí que recomendar la morbosa complacencia en lo que no debiera haber ocurrido, o el intentar obtener rentas del dolor.

«Curiosamente, en nuestra época no se cuenta con la posibilidad del *arrepentimiento*. Para arrepentirse de algo hay que recordarlo, no olvidarlo. La preparación de la confesión empieza con el examen de conciencia. Pero los viejos catecismos —que nadie lee, que nadie estudia— agregaban el dolor de corazón y, por supuesto, el propósito de la enmienda... Y, claro está, todo ello se hace en primera persona, es decir, se declaran las culpas propias más que denunciar las ajenas...

»No puedo evitar la impresión de que algunos grupitos o individuos ejercen en la Argentina una función urticante, irritante, compuesta de pequeñas denuncias, injurias, provocaciones. Da la impresión de que no desean unas elecciones libres y serenas, que devuelvan la democracia a su país y establezcan un firme sistema de libertades.»

«Las cosas están tan confundidas, que ha podido ostentar la presidencia de los países "no alineados" el gobernante más alineado del planeta, sin que nadie se haya atrevido a pestañear... La consecuencia insoslayable es que, si los países no están solos, lo que en ellos suceda no depende exclusivamente de lo que dentro de ellos se haga. Si la Argentina, por ejemplo, donde escribo estas palabras, cree que basta mirar hacia dentro de sí misma para prever su futuro, cometerá un grave error... Pueden estar convencidos los argentinos de que no la van a dejar; sobre todo, no *la van a dejar hacerlo bien*. Si la Argentina establece un régimen de convivencia pacífica y libre, si une sus fuerzas para conseguir la prosperidad que naturalmente le corresponde, si busca su lugar en aquella parte del mundo a que pertenece (la América de lengua española y portuguesa, el mundo hispánico en su conjunto, Occidente), si vuelve a ser un gran país capaz de irradiar sobre el Continente, de contribuir a la edificación de una sociedad interesante, regida por la libertad y la eficacia, perderán sus esperanzas los que ponen sus esfuerzos a una carta estrictamente inversa...

«Dondequiera que se establece una democracia real —y para ello tiene que estar vivificada por el liberalismo—, allí acuden los que tienen como misión principal que la libertad desaparezca del mundo. Hasta tal punto, que son frecuentes las más extrañas asociaciones de los que aparentemente están en los extremos más distantes, pero coinciden en su deseo de que la libertad palidezca o se extinga.»

«La Argentina acaba de realizar colectivamente un acto democrático de la mayor importancia: unas elecciones limpias, pacíficas y entusiastas. El gobierno autoritario que hasta ahora la ha regido las había convocado, ha presidido su preparación, una vivaz cam-

**MIRAR HACIA
ADENTRO, UN
GRAVE ERROR**

**EN POSESIÓN
DE SU
DESTINO**

**EL MAYOR
FRENO**

paña electoral, de la que en parte fui testigo, y finalmente ha regulado su celebración. Los argentinos han usado la facultad de elegir a sus legisladores y gobernantes, han vuelto a tomar posesión de su destino. La breve lista de las democracias existentes en el mundo en este año 1983 se ha aumentado en una, ciertamente de las más importantes. Esto es, a mi juicio, motivo de profunda alegría...

»Como lo más respetable del mundo es la realidad, conviene que los argentinos —y en general los que se interesan por la Argentina— no caigan en la tentación de dar una interpretación tendenciosa y falsa a su pasado reciente. No me corresponde, por supuesto, enjuiciar todo lo que ha ocurrido en los últimos decenios, pero sería un grave error no tomar globalmente el último, el que empezó exactamente en 1973. Parece indudable que la Argentina no estuvo muy lejos de convertirse en una inmensa Cuba. Esto fue evidente para la mayoría de los argentinos. Para algunos de ellos, y a veces muy distinguidos, esto parece haber perdido después su evidencia, y han olvidado lo que en otro momento manifestaron. Sin duda los ha llevado a ello la decepción —en muchos sentidos justificada— que han sentido a lo largo de estos últimos años, pero me parece más inteligente y más digno recordar la antigua evidencia y proclamar la posterior decepción, que puede llegar hasta la enérgica repulsa. Lo que no me parece admisible es, en nombre de convicciones o de conveniencias actuales, olvidar la situación anterior y la propia actitud frente a ella...

»Pienso que los argentinos tenían no ya el derecho sino el deber de impedir que la violencia de unos pocos llevase a su país adonde en modo alguno quería ir, que lo convirtiesen en algo enajenado —probablemente a perpetuidad—, es decir, en algo ajeno a su historia, a su voluntad colectiva, a su convicción profunda. Lo cual no quiere decir que contra el que no tiene razón esté permitido todo, porque los hombres, cualquiera que sea su conducta, tienen derechos imprescriptibles, pero el que esos derechos en ocasiones no sean respetados no les da la razón que no tenían, ni les da el derecho de violentar a los demás...

»La demagogia —del poder o de la oposición— es el gran peligro que acecha a la democracia; si yo me atreviera a dar un consejo a los argentinos, sería el de rechazarla dondequiera que aparezca y cualquiera que sea su disfraz.»

«Las almas rencorosas, agrias, vociferantes, que aparecen con extraña persistencia en la escena de la vida pública, son el mayor freno a esa necesaria ambición, que tiene que ser generosa. Su función es impedir la holgura, la dilatación del ánimo, la alegría ante el futuro, la libre imaginación de los proyectos, la concordia que abraza a un pueblo y lo lanza hacia la empresa de sí mismo...

»Me parece evidente ya que hay intentos de estorbarlo, pero creo percibir una voluntad de resistir a ellos. Tal vez no lo bastante enérgica, y sobre todo *explícita*; es posible que haya entre los responsables de los destinos argentinos un temor a ser descalificados si no tienen, o al menos aparentan, algunas complacencias con los que manejan con eficacia los resortes de la comunicación. Es un riesgo que hay que afrontar, simplemente porque se trata de vida *pública*, que exige eso que he llamado explicitud.»